

San Alfonso M^a de Ligorio
Doctor de la Iglesia

PREPARACIÓN PARA LA VIDA ETERNA

*Y esta es la promesa que El nos
hizo: la vida eterna (1 Jn 2,25).*

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-502-X

Depósito legal: M. 22.394-2000

Printed in Spain

Impreso en España por:

Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

PRÓLOGO

San Alfonso M^a de Liguorio vivió en el siglo XVIII, estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero temeroso de los peligros del mundo tomó la serie resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios. Consagrado sacerdote, el celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fue el primer misionero, recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humilde, resuelto, inflamado del amor de Dios y de las almas a las que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito y en la catequesis de los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Su celo por la salvación de las almas, que tan caras habían costado al Redentor, le hacía no contentarse con lo que oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo, y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan

por su popularidad *Las Glorias de María*, las *Visitas al Santísimo Sacramento*, la *Práctica de Amor a Jesucristo*, *El amor del Alma*, las *Reflexiones sobre la Pasión, de Jesucristo*, la *Preparación para la Muerte*, *Del Gran Medio de la Oración*, etc.

En la «*Civiltá Católica*» se dice que San Alfonso M^a de Ligorio «sobrepasa con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia». Entre todos los innumerables santos que se han dedicado al apostolado de los libros, solamente son hasta ahora 33 los que la Iglesia ha distinguido y honrado con este honorífico título de doctores de la Iglesia. Y entre esos 33 que ostentan ese glorioso título de doctores, hay tres que se destacan sobre los demás por su gran sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: en la edad antigua o primeros años del cristianismo, sobresale San Agustín; en la edad media, santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna, San Alfonso María de Ligorio.

En el *Acta Doctoratus* se dice que así como a San Gregorio compete el título de *Teólogo*, a Santo Tomás el de *Angélico*, y a San Bernardo en de *Melífluo*, a San Alfonso le encaja como ninguno el de *Doctor Celosísimo*, pues entre todos ha sido el Doctor de la Salvación de las almas.

En la introducción de las Obras de San Alfonso, publicadas por la BAC, dice: «El intentar hablar convenientemente de las obras de San Alfonso es algo que aterra. ¿No es para aterrar el introducirse en la selva de sus más de cientos once libros y opúsculos impresos y cerca de dos mil manuscritos? ¿No es de admirar que en esa vida viera San Alfonso cuatrocientos

tas dos ediciones de sus obras y bendijese, después de fallecido, cerca de cuatro mil reimpresiones? ¿No admira que el total de las ediciones del texto original sobrepase con mucho el número de cuatro mil cientos once? ¿Quién sabe que el Santo Doctor llegó a ver en vida noventa traducciones de sus obras, que hoy sobrepasan las trece mil? ¿Quién no se admira del aplauso universal con que el mundo recibió la herencia alfonsiana, llegando a dieciocho mil las ediciones del texto original y las de las traducciones reunidas?». Por eso no es de extrañar que sus libros se puedan encontrar en todas las buenas bibliotecas católicas del mundo, así como en las principales librerías de cada país, traducidas a sus respectivos idiomas.

El título de este libro que hoy les presenta nuestra editorial, en el original se denominó: «*Sermones Abreviados*», pero por el tema del que tratan, parecido al de Preparación para la Muerte, nosotros en contraposición lo hemos titulado: Preparación para la Vida Eterna considerando que la muerte no es un fin, sino simplemente un medio o camino para entrar en la vida eterna, que es el fin para el que hemos sido creados, y hacia el cual constantemente caminamos.

Andrés Codesal

1. Perdida el alma, se habrá perdido todo

INTRODUCCIÓN: *Indiferencia con que los cristianos pierden el alma.* - Os exhortamos, hermanos, a que os aventajéis más y más en ocuparos en lo vuestro, así escribe el Apóstol. La mayor parte de los mundanos concentran su atención en los asuntos terrenos. ¡Cuánta diligencia para ganar un pleito, para alcanzar un empleo, para concertar un matrimonio! Apenas si se come y apenas si se duerme. Y ¿qué es lo que se hace para salvar el alma? *Hermanos*, dice San Pablo, *ocupaos en lo vuestro*, es decir, en el asunto de vuestra salvación eterna.

I. GRANDEZA DE ESTA PÉRDIDA.-I. «A las bagatelas de los niños, dice San Bernardo, se les deja el nombre de bagatelas, de juegos, de pasatiempos; y a las bagatelas de los mayores se les bautiza con el nombre de negocios»; y, sin embargo, por estas bagatelas muchos pierden el alma. La pérdida en un negocio puede repararse en otro. Pero si se muere en estado de pecado y se llega así a la desgracia de perder el alma, ¿qué medio habrá para reparar tamaña desgracia? *¿Qué provecho sacará un hombre, dice Jesucristo, si ganare el mundo entero, pero malograre su alma? ¿O qué dará un hombre a trueque de recobrar su alma?* (Mt. 16, 26).

Iº. *Valor del alma perdida.* «¿Quieres saber el valor de tu alma?, pregunta San Euquerio. Pues, si no crees al Creador, pregunta al Redentor». Es decir, para comprender el valor de tu alma, no te baste saber que Dios, tu Creador, la hizo a su imagen, y mira a Jesucristo, que derramó por ella su propia sangre para rescatarla. *No con cosas corruptibles, con plata o con oro, fuisteis*

rescatados..., sino con la preciosa sangre de Cristo, como de cordero sin tacha ni mancilla» (1 Ped. 1, 18).

Si Dios tiene al alma en tan grande estima, sabed que por su parte el demonio la estima tanto, que para hacerse dueño de ella no duerme, sino que continuamente anda dando vueltas en torno suyo, sin darse un momento de reposo. Por eso exclama San Agustín: «¿Cómo? ¿Vela el enemigo y tú duermes?» Cierta príncipe pidió a Benedicto XII un favor que en conciencia no le podía conceder, por lo que respondió al embajador: «Escribe a tu príncipe que si yo tuviese dos almas, podría aventurar una para complacerle; pero como no tengo más que una, no la puede perder»; y rechazó la demanda regia.

2.º Naturaleza de esta pérdida: total y por materias. Piénsalo bien, hermano mío: si salvas el alma, ¿qué te importa haber fracasado en los negocios terrenos?; no por eso serás menos feliz por toda la eternidad. Pero si la pierdes, ¿de qué te habrá valido tener durante la vida riquezas, honores y placeres? *¿Qué provecho sacaré un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* Cuando se pierde el alma se pierde todo. De esta máxima se valió San Ignacio de Loyola para ganar para Dios tantas almas, y entre ellas a San Francisco Javier. Estudiaba éste a la sazón en París y no soñaba más que en grandezas mundanas, cuando cierto día le habló así San Ignacio: «Francisco, ¿a quién sirves? Sirves al mundo, pero el mundo es traidor que promete y que no cumple. Y en el supuesto de que cumpliese, ¿cuánto tiempo durarían los bienes que te promete? ¿Podrían durar más que tu vida? Y después de tu muerte, ¿de qué te valdrían los honores si tuvieses la desgracia de condenarte? Francisco, añadió el santo, ¿qué prove-

cho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?»

3.º *Resultado de esta pérdida: la desgracia eterna, y entre las dos eternidades no hay medio. Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). No es necesario acumular riquezas en la vida ni alcanzar honores ni dignidades. Lo necesario es salvar el alma, porque si no mereciéramos el cielo seríamos condenados al infierno. No hay término medio: o salvación o condenación. Dios no nos ha creado para esta tierra ni nos conserva la vida para acumular dinero o procurarnos placeres. *Tenéis vuestro fruto en la santidad, y el paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Nos creó, por tanto, y nos da la vida temporal para que conquistemos la eterna.

II: CONDUCTA INSENSATA DE MUCHOS CRISTIANOS.-

Quien no se aplica, ante todo, a salvar el alma es un loco, decía San Felipe Neri.

1º. *Olvidan la eternidad para apegarse a bienes pasajeros.* Si hubiera dos clases de hombres, una de mortales y otra de inmortales, ¿qué dirían los primeros al ver a los segundos preocupados de las cosas terrenales? «¡Cuán insensatos sois!, exclamarían con razón; ¿conque podéis adquirir los bienes inmensos y eternos del paraíso y perdéis el tiempo andando tras de los bienes miserables y pasajeros de este mundo? Y por adquirir estos bienes, ¿todavía os exponéis al peligro de ir a arder por toda la eternidad en el infierno? Dejadnos a nosotros buscar los bienes terrenos, ya que tenemos la desgracia de no esperar nada en la otra vida». Pero no; todos somos inmortales, y cada uno de nosotros en la vida ha de ser eternamente feliz o

eternamente desgraciado. He aquí la desgracia de la mayoría de los cristianos: no pensar más que en la vida presente y nada en absoluto en la futura. *Si fueran sabios, comprenderían estas cosas, meditarían en su suerte final* (Dt. 32, 29). Si tuvieran esta sabiduría, ¡cómo se desasirían de los efímeros bienes de esta tierra y cómo fijarían los ojos en aquel porvenir en que entrarán después de la muerte para ser por toda la eternidad o reyes en el cielo o esclavos en el infierno! Cierta día que San Felipe Neri hablaba con Francisco Zazzera, joven de talento y enamorado del mundo, díjole así: «Hijo mío, conseguirás brillante fortuna, serás excelente abogado, llegarás a obispo, más tarde a cardenal y quién sabe si te elegirán Soberano Pontífice... Pero ¿y después?, ¿después? Vete y piensa bien en estas dos palabras últimas». Vuelto el joven a su casa, se dio por completo a Dios, abandonó todas las esperanzas terrenas y, dejando el mundo, ingresó en la misma congregación de San Felipe, donde murió santamente.

Pasa la configuración de este mundo. Inspirado en estas palabras, escribe Cornelio Alápid: «El mundo es como una escena». La vida presente es a modo de comedia que pasa y acaba. ¡Dichoso quien en esta comedia representa bien su papel salvando el alma! Si no fuere así, después de pasar la vida acumulando riquezas y brillando en el mundo, merecerá que se le trate de loco y se le condene como al rico del Evangelio, a quien se dijo: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma; y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 20). Comentando la expresión *te exigen el alma*, dice Toledo que el Señor nos dio el alma en depósito para guardarla de los asaltos de los enemigos, por lo que los ángeles vendrán en la muerte para exigirnos el alma y presentarla en el tribu-

nal de Jesucristo; y si la hubiéramos perdido, preocupados tan sólo de reunir bienes terrenos, estos bienes dejarán de ser nuestros, pero ¿qué se hará del alma?

2.º *La muerte les mostrará la nada de esos bienes y su culpable locura.*- ¡Pobres mundanos! ¿Qué les quedará en la hora de la muerte de todas las riquezas amontonadas, de todas las grandezas de que hubieran disfrutado en la tierra? *Durmiendo están sus sueños, y fallaron las manos de todos los varones esforzados* (Sal. 75, 6). La muerte acabará con el sueño de la vida presente, y los mundanos experimentarán que nada adquirieron para la eternidad. Preguntad a todos los grandes de la tierra, a todos los ricos y a todos los emperadores. Vivieron entre riquezas, honores y placeres, y ahora se hallan en el infierno. Decidles: «¿Qué os queda de todos los bienes mundanos?»; y los desgraciados tendrán que responderos gimiendo: «¡Infelices de nosotros!, que ¿qué nos queda? Nada, absolutamente nada».

3.º *Sabed, pues, que no hay más que un solo bien y un solo mal.*- Razón tenía, por tanto, San Francisco Javier al decir que en el mundo no hay más que un solo bien y un solo mal: el único bien es salvarse, y el único mal, perderse. Por eso decía David: *Una cosa al Señor tengo pedida y por ella yo anhele: el morar en la cosa del Señor todos los días de mi vida* (Sal. 26, 4). Una sola cosa pedí y pediré siempre a Dios: que me dé la gracia de salvar el alma; porque, salvada ésta, todo se habrá salvado, y perdida, todo se habrá perdido. Y el colmo de la desgracia es que, perdida el alma una vez, está perdida para siempre.

2. Perdida el alma, se habrá perdido para siempre

I. LA VERDAD PROBADA: *Una muerte, una eternidad.*- Lo importante es que no se muere más que una sola vez. Si se muriera dos veces, podría quizás uno perder el alma la primera vez y en la segunda recuperarla y salvarla. Mas no; solamente se muere una vez, y, errada la primera, se yerra para siempre. Santa Teresa lo recordaba a menudo a sus monjas: «Hijas mías, ¡un alma, una eternidad!» Un alma: si la perdéis, todo lo habéis perdido; una eternidad: perdida el alma una vez, está perdida para siempre. «Perder el alma una vez es perderse para siempre».

«No hay error mayor, dice San Euquerio, que descuidar el negocio de la eterna salvación». Error que sobrepasa todo error, porque es error sin remedio. Todo otro mal se puede reparar; si uno pierde una suma de dinero por la calle, es posible que la encuentre en otra; si pierde un empleo, una dignidad, puede luego recuperarlos; y aun cuando se perdiere la vida, si se logra salvar, todo está remediado. Quien pierde el alma y se condena, padece un mal sin remedio.

II. CONSIDERACIÓN: I.º DESOLACIÓN.- ¡Qué desolación padecen los condenados cuando piensan que para ellos pasaron los días de salvación y que no pueden ya tener la más mínima esperande de remediar su eterna ruina!

2.º *Declaraciones.*- *Concluyó el estío, y nosotros no hemos sido salvados.* Por eso se lamentarán y clamarán siempre inconsolablemente: *Luego extraviados anduvimos de la senda de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros* (Sal. 5, 6). Y ¿de qué servirá reco-

nocer el error padecido cuando ya no se puede remediar?

3.º *Pensar*.- Nada atormenta tan cruelmente a los réprobos como el pensamiento de haber perdido el alma por culpa suya. *He resuelto aniquilarte, Israel; ¿quién será en tu socorro?* (Os. 13, 9). ¡Desgraciado!, dice el Señor dirigiéndose al condenado, únicamente tú eres la causa de tu condenación; sí, tus pecados te condenaron, porque hubiera bastado que te preocuparas de tu salvación, y me habrías encontrado presto a salvarte. Observa Santa Teresa que si algunos pierden por su descuido un anillo, un vestido, una bagatela, no comen, ni duermen, ni hallan paz, pensando que lo han perdido por su culpa. ¡Oh Dios!, y ¿cuál no será el dolor del condenado, no bien haya entrado en el infierno, al pensar que perdió el alma, que lo perdió todo y que todo lo perdió por su culpa?

PERORACIÓN: 1.º *Hay que tomar a pecho este asunto*.- Es necesario, pues, que desde hoy tomemos muy a pecho este asunto de nuestra salvación. No se trata, dice San Juan Crisóstomo, de riquezas terrenas, de las que tarde o temprano nos despojará la muerte para siempre; trátase del cielo, del cielo que se pierde para ir a padecer por toda una eternidad en el infierno. «Sí, dice el santo doctor, trátase de los eternos suplicios del infierno y de la pérdida del reino celestial».

2.º *Temor*.- Para asegurar nuestra salvación eterna debemos temer, y temer gravemente, condenarnos. *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*, dice el Apóstol. Mas no basta eso. Es necesario, además, que nos violentemos para huir de las ocasiones peligrosas, que resistamos a las tentaciones y que frecuentemos los sacramentos.

3.º *Hay que hacerse violencia.- El reino de los cielos es invadido a viva fuerza y los esforzados lo conquistan* (Mt. 11, 12).

Los santos tiemblan ante el pensamiento de la eternidad. «¡Ay de mí!, decía San Andrés Avelino, ¿quién sabe si me salvaré o me condenaré?» «¿Qué será de mí en la eternidad?», preguntaba, no sin temor, San Luis Beltrán. Y nosotros, ¿no temblaremos?

4º. ¡Ah!, pidamos a Jesús y a la Santísima Virgen que nos ayuden a salvarnos, porque no tenemos asunto más importante que el de la salvación. Si salimos airoso, seremos eternamente felices, y si nos equivocamos, seremos eternamente desgraciados.

3. Los mundanos viven vida desgraciada

I. EL DISFRUTE DE LOS BIENES DE ESTE MUNDO QUITA LA PAZ.- *Hidalgos*, exclama el Real Profeta, *¿hasta cuándo habéis de ser de corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y andáis tras la mentira?* Pues qué, pobres insensatos, ¿es que vais, por fin, a gustar las dulzuras de la paz, dejando que vuestro corazón se apegue a la tierra, yendo tras de los bienes del mundo, que no son más que mentira y vanidad, y viviendo en el seno de todas las delicias?

Y ¿qué medio es ese de encontrar la paz? Sabed que abandonasteis los caminos que conducían a ella para emprender la ruta que lleva a la aflicción y a los suplicios. Esperáis que el mundo os dé la paz, y ¿cómo podrá el mundo realizar vuestras esperanzas, cuando *el mundo todo estriba en el malo?*, como dice San

Juan. El mundo está lleno de iniquidades, por lo que los mundanos viven esclavos bajo el poderío del malo, es decir del demonio. Además, el Señor declara que no hay paz para los impíos, que viven privados de su gracia. *Los impíos, afirma Yahveh, no tienen paz* (Is. 48, 22).

II. LOS BIENES DEL MUNDO SON BIENES MENTIROSOS.- Los bienes del mundo son bienes aparentes, que no pueden saciar el corazón del hombre: *Comisteis y no os habéis hartado*, dice Ageo; y es que, como explica San Bernardo, estos bienes, en lugar de saciarnos el hambre, la acrecientan. Si los bienes del mundo contentaran al hombre, los grandes y los ricos serían plenamente felices; pero la experiencia demuestra todo lo contrario, y demuestra que estos tales son lo más desgraciados, siempre oprimidos por los temores, siempre recelosos y tristes siempre. Oigamos al rey Salomón; está rodeado de bienes, pero ¿qué dice? *Todo es vanidad y empeño vano*. Dice que todas las cosas del mundo son vanidad, mentiras y engaño; y no sólo son vanidad, sino también aflicción, tormento de la pobre alma, que no halla en todos los bienes terrenos cosa que le satisfaga, sino cosas que la aflijan y le causen amarguras.

III. DEJA HAMBRIENTA AL ALMA. *Sólo Dios la puede satisfacer*.- Justo castigo de quienes, en lugar de servir alegremente a su Dios, quieren servir al enemigo, es decir, al mundo, que les castiga con el suplicio de que habla la Escritura: *En pago de no haber servido a Yahveh, tu Dios, con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh te enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria total* (Dt. 28, 48). Sí por-

que el hombre fantaseaba que los bienes del mundo, iban a traerle el perfecto sosiego del corazón; mas he aquí que, a pesar de todas sus riquezas, el corazón no se sacia, porque siempre pide más y no se contenta nunca con las riquezas. ¡Feliz el alma que no quiere más que a Dios, porque Dios sabrá contentarla!, como decía David: *Pon en el Señor tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia* (Sal. 36, 4). «Pobre hombrecillo!», exclamaba en consecuencia San Agustín, ¿qué buscas al buscar las riquezas? Busca sólo aquel bien en quién están todos los bienes». Y dirigiéndose a Dios proseguía: «Todo es tormento y sólo vos sois descanso»; la triste experiencia la hacía reconocer que el corazón del hombre, en vez de encontrar la felicidad en la tierra, no halla más que aflicciones. De igual manera el Seráfico San Francisco de Asís, por pobre que fuese, sentíase como el más rico y el más feliz de los hombres con sólo repetir: «Dios mío y mi todo». Sí, porque la paz de que disfruta el alma enamorada sólo Dios sobrepuja todos los placeres que puede brillar el mundo, y que halagan los sentidos sin que sean capaces de saciar al corazón. San Pablo lo afirma expresamente: *La paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia*. Esta es la diferencia, dice Santo Tomás, que hay entre el sumo bien, que es Dios, y los bienes terrenos, que a Dios cuanto más se le posee tanto más se le ama, porque su infinita grandeza no cesa de manifestarse cada vez más, al paso que las criaturas aparecen siempre más despreciables; por el contrario, los bienes temporales disgustan no bien poseídos, porque entonces se descubre su pequeñez y se desean otras cosas que nos puedan contentar. «Cuanto más se comunica el soberano Bien al alma, son sus palabras, tanto más se le aficiona ésta y desprecia todo lo de-

más. Y al contrario sucede con los bienes de la tierra, que se desean los que no se poseen, y, no bien poseídos, se les desprecia y se desean otros».

4. Los mundanos se ponen en peligro de caer en una eternidad mucho más desgraciada todavía

I. LOS BIENES SON MALES Y NO SE CONSIGUE CON ELLOS BUEN ÉXITO.- *Canaán tiene en su mano balanza fraudulenta.* Así dice el profeta Isaías, dándonos a comprender cómo aquí Canaán está representando por el mundo. Pensemos, pues, los bienes en la balanza de Dios, no en la del mundo, que nos hace aparecer las cosas diversas de lo que son. ¿Qué son en suma, los bienes de la vida presente? *Mis días han sido más raudos que correo*, dice Job; *se deslizaron como canoas de papiro* (Job 9, 25-26). Rápidas pasan las naves como las vidas de los hombres, que van a dar al mar del morir. Si estos hombres se preocuparan tan sólo de reunir bienes terrenos, acontecerá que la muerte los hallará todos pasados, y los desgraciados no podían llevarse nada a la otra vida.

¡Qué error tan grande juzgarnos señores de unos bienes que no podremos llevar a la eternidad, a la eternidad que no acabará nunca y donde sola la virtud tendrá vigencia! «No son nuestros, dice San Ambrosio, los bienes que no podemos llevar con nosotros, porque sola la virtud es la compañera de los difuntos». Y San Agustín escribe: «Te preocupas solamente de lo que posee el rico, pero dime: en la hora de su muerte.

¿qué llevará consigo de sus riquezas?» Apenas llevarán estos tales más que una mísera mortaja, que con ellos se pudrirá en la sepultura. Y si en la vida gozaron de renombre, dice el salmista que *pereció con ellos su memoria*.

II. LA MÁXIMA DE JESUCRISTO: «QUID PRODEST?»—¡Ah!, si los hombres tuvieran siempre ante la vista esta grande sentencia de Jesucristo: «¿*Qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* (Mt. 16, 26), ciertamente dejarían todos de amar al mundo. ¿De qué aprovechará en el punto del morir haber poseído todos los bienes de la tierra si tuviera el alma que comenzar a sufrir por toda la eternidad en el infierno?

I.º *A esta máxima rinden testimonio los santos para su mayor bien.*—¡Cuántos cristianos ha mandado esta sentencia encerrarse en los claustros!, ¡cuántos a internarse en los desiertos!, ¡cuántos a abrazarse con los tormentos y la muerte, como hicieron los santos mártires! Léese en la historia de Inglaterra que treinta reyes y reinas abandonaron el mundo y se hicieron monjes para asegurarse una buena muerte. También este pensamiento de la vanidad del mundo impulsó a San Francisco de Borja a abandonarlo cuando vio a la emperatriz doña Isabel muerta en la flor de la juventud; entonces se resolvió a servir tan sólo a Dios, exclamando: «¿En esto paran las grandezas y las coronas del mundo? En adelante nunca serviré a Señor que se me pueda morir». La Sagrada Escritura llama al día de la muerte *día de la ruina*, porque en ese día todos los bienes del mundo, riquezas, honores, placeres, han de desaparecer sin que de ellos quede nada. La muerte todo lo obscurece con su fúnebre sombra:

ventajas y riquezas terrenas, y hasta las púrpuras y las coronas reales. «¿De qué sirven los reinos en el momento de la muerte?», preguntaba sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza, hija del emperador Rodolfo. Dios mismo declaró que el mal de la hora postrera quita el recuerdo de las mayores alegrías. Pues si la hora funesta de la muerte ha de poner fin a todas las delicias y pompas terrenas, ¿a qué se reducen sino a apariencia vana y engañosa? «Sí, dice San Gregorio, son falsos todos los bienes que veremos un día alejarse de nosotros; son falsos porque no pueden satisfacer las aspiraciones de nuestra alma».

2.º *A esta máxima rinden testimonio los pecadores sin provecho.*—Contemplad a este pecador envidiado por sus riquezas y honores; en medio de sus glorias viene la muerte, y ¡qué cambio tan radical! *He visto yo al impío engreírse y extenderse cual frondoso cedro; (de allí a poco) pasó y ya no estaba* (Sal. 36, 35-36).

3.º *A esta máxima rinden testimonio los condenados con desesperación.*— Los desgraciados condenados confiesan ahora la verdad de esta máxima, pero sin provecho alguno. *¿Qué provecho nos trajo la altanería? O la riqueza con jactancia, ¿de qué nos ha servido? Se pasó todo aquello como sombra. ¿De qué nos aprovecharon, exclaman, nuestras pompas y riquezas, si ahora pasó todo como una sombra y no nos queda sino pena y desesperación eterna?*

III. CONSIDERACIÓN MORAL. EXHORTACIÓN: 1.º *Atendamos a los avisos de la eternidad; preocupémonos de nuestra alma, de la que tendremos que dar cuenta.*— Pero nosotros, cristianos, abramos los ojos y tomemos a pechos la salvación de nuestra alma, ya que aún Dios nos concede su gracia. Nave-

gaba en cierta ocasión un filósofo de la antigüedad llamada Aristipo; naufragó el navío, y el filósofo perdió cuanto tenía; llegaba a la playa, como era muy estimado por su ciencia, los paisanos le indemnizaron de todo cuanto había perdido. Escribiendo entonces la aventura a los amigos de su tierra, les animaba a no apegarse más que a las riquezas de que no se puede apoderar el mar. Oigamos también a nuestros parientes y amigos que nos dicen desde la eternidad que no trabajemos en este mundo más que en la adquisición de los bienes que no se pierden con la muerte. Si queremos en la vida ocuparnos únicamente en acumular bienes terrenos, sepamos que en el momento supremo seremos tachados de locos y oiremos que se nos dice como al rico de que habla San Lucas. Había este rico recogido una magnífica cosecha; sus paneras estaban rebosantes, y él se decía: *Alma mía, tienes muchos bienes repuestos para muchos años: huelga, come, bebe, date a la buena vida*; pero entonces Dios le dijo: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 19-20).

Daremos cuenta del alma.— Nótese la expresión: *Esta misma noche te exigen tu alma*. Efectivamente, nadie es dueño absoluto de su alma; nadie puede, por tanto, hacer de ella lo que le agrada, sino que todos tenemos el alma en depósito, para que la empleemos en el servicio de Dios. Día vendrá en que, al ser citados al tribunal del soberano Juez, debemos devolvérsela adornada de virtudes. Nuestro Señor añade: *Así es el que atesora para sí y no es rico para con Dios*. Sí; ¡qué locura es ambicionar los bienes de la tierra, en lugar de ambicionar el tesoro del amor divino! De aquí este pensamiento de San Agustín: «Si un rico no tiene caridad, ¿qué es lo que tiene?; y si un pobre tie-

ne caridad, ¿qué es lo que le falta? Quien tiene todos los tesoros de la tierra, pero carece de Dios, es el más pobre del mundo; pero el pobre que tiene a Dios lo tiene todo, por pobre que se vea de bienes terrenos.

2.º *Evitemos la locura de los cristianos negligentes.*— ¡Cosa chocante! *Los hijos de este siglo*, dice Jesucristo, *son más sagaces que los hijos de la luz* (Lc. 16, 8). Cuando se trata de sus intereses terrenos, ¡qué prudencia no despliegan los mundanos! «Mirad, dice San Agustín, el trabajo que los hombres se imponen por cosas que no pueden amar sin vicio». ¡Que fatigas se imponen por escalar un puesto y por acumular riquezas! Y qué no hacen para conservar la salud del cuerpo? Se consulta a las eminencias más distinguidas y se acude a las medicinas más caras. Y cuando se trata de la salvación del alma, los hijos de la luz, que son los cristianos, viven descuidados y retroceden ante la menor dificultad.

Su desilusión en la hora de la muerte.— ¡Dios mío!, a la luz de la candela funeraria, en la hora justamente llamada hora de la verdad, los mundanos reconocen y confiesan su locura. Entonces todos dicen: « ¡Ojalá me hubieran santificado! ¡Ojalá hubiera abandonado el mundo para no amar más que a Dios!» Felipe II, rey de España, llamó al morir a su hijo y, descubriéndole el pecho, roído por el cáncer, le dijo: «Aprende, hijo a morir y mira en lo que acaban las grandezas de la tierra». Mandó luego que le colgaran del cuello una cruz de madera y, después de haberlo dispuesto todo para morir, exclamó: «Quise, hijo mío, que estuvieras aquí presente para mostrarte cómo acaba el mundo por tratar hasta a los reyes. ¡Ojalá, añadió, que yo hubiera sido sencillo hermano converso y no rey!» Así hablan en el lecho mortuario los grandes, los ricos, los que

ante los ojos de los hombres pasan por lo más felices de los mortales. Pero ¿de qué sirven este pesar y lamentaciones a los pobres mundanos sino para hacerlos más desgraciados aún y avivarles más y más los remordimientos de la conciencia?; porque allí está la muerte, que dentro de breves instantes va a correr para ellos el telón de la escena del mundo.

3.º *Consideremos la vida que pasa como una escena que se renueva sin cesar.* A la verdad que la vida presente no es más que una escena teatral que dura poco y hasta que acaba cuando menos lo pensamos, como a tantos aconteció. Casimiro, rey de Polonia, sentado a la mesa con los grandes de su reino, murió cuando acercaba la copa a los labios; así desapareció de la escena. Celso fue elegido emperador y a los siete días fue asesinado; así acabó su papel. Ladislao, rey de Bohemia, joven de dieciocho años; esperaba a la hija del rey de Francia para casarse; cuando se preparaban espléndidos festivales, se sintió presa de crueles dolores y falleció; partieron correos a participar a la princesa que se volviera a su tierra porque para Ladislao había acabado la escena.

He aquí lo que San Pablo nos da a entender cuando dice: *Pasa la configuración de este mundo.* Esta *configuración* es como el escenario de este mundo, acerca de lo cual dice Cornelio Alápidé: «El mundo es como una escena: pasa una generación y llega otra. Marcha el rey sin llevarse ni la púrpura. Contadme quintas, casas, cuántos dueños tuvisteis». Cada siglo ve renovarse la faz del globo. En las ciudades y en las naciones se renuevan incesantemente los habitantes. En el trasiego, unos pasan a la eternidad y son reemplazados por otros, que a su vez serán luego reemplazados. Cuando termine la representación, el que hacía

el papel de rey dejará de serlo, y el que poseía aquella quinta o aquel palacio no lo volverá a poseer.

PERORACIÓN: I.º Consejo del Apóstol.— De aquí el consejo del Apóstol: *El tiempo es limitado... y los que usan del mundo, como quien no abusa. Porque pasa la configuración de este mundo* (1 Cor. 7, 29-31). Por lo tanto, ya que no habemos de vivir en la tierra más que en un reducido espacio de tiempo y todo ha de acabar con la muerte, miremos al mundo con desprecio, como si no existiera para nosotros.

2.º Precepto de Jesús.— Los tesoros eternos del cielo, tesoros sobre los que nada pueden ni la polilla ni los ladrones, son los que debemos tener a pechos el atesorar, conforme nos lo manda el Evangelio: *Atesoraos más bien tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones no perforan las paredes y roban* (Mt. 6, 20).

3.º Reflexiones de Santa Teresa.— Decía Santa Teresa que no nos debemos preocupar de lo que acaba con la vida, pues la vida verdadera es vivir de modo que no se tema a la muerte. Quien viva desprendido de las vanidades de este mundo y se preocupe tan sólo de proveerse de los bienes que pueda llevar consigo a la eternidad, nada tendrá que temer de la muerte, ya que esos bienes lo harán para siempre feliz en el cielo.

5. Cuán desgraciada es la vida del pecador

I. CAUSA DE ESTA VIDA DESGRACIADA: *El corazón humano es demasiado noble para hallar la feli-*

cidad en los placeres.— I. Los animales fueron criados para esta tierra y, por ende, encuentran contentamiento en los placeres de los sentidos. Dad a un perro un trozo de carne y le veréis contento; dad a un caballo un manojo de hierba y lo veréis dichoso, sin desear nada más. Pero el hombre ha sido creado por Dios para amarlo y vivir con El; por eso encuentra su felicidad en Dios, sólo en Dios y nunca en el mundo, aun cuando el mundo le colmara de todos sus bienes. En efecto, ¿qué suerte de bienes ofrece el mundo? Placeres de los sentidos, riquezas y honores. Como dicen San Juan: *Todo lo que hay en el mundo (es) la concupiscencia de la carne* (es decir, los placeres de los sentidos), *y la concupiscencia de los ojos* (es decir, las riquezas) *y la jactancia de los bienes terrenos* (es decir, las dignidades mundanas) (1 Jn. 2, 16). Dice San Bernardo que el hombre puede estar lleno de tales bienes, pero no puede estar contento ni saciado. ¿Cómo, en efecto, podrían saciar al hombre la tierra, el viento, el estiércol? Luego, explicando las palabras de San Pedro: *Mira, nosotros lo dejamos todo*, nos enseña el mismo santo doctor que encontró en el mundo diversas suertes de locos. Todos padecían hambre terrible, y unos comían tierra, figura de la avaros; otros se hinchaban de aire, figurando a los ambiciosos, que corren tras la gloria y los honores; otros, colocados en torno a una hoguera, tragaban ávidamente las chispas que de ellas salían, en representación de los iracundos y vengativos; finalmente, había quienes bebían el agua maloliente de un fétido lago, en representación de los impuros. Por esto, vuelto a ellos el santo, les decía: «Insensatos, todo esto, en vez de calmar el hambre, la irrita». Buen ejemplo de ello fue Alejandro el Grande, que después de conquistar medio mundo con sus victorias lloraba porque le faltaba el otro medio.

Tampoco en las riquezas.— Muchos esperan hallar la paz amontonando riquezas sobre riquezas; pero ¿es que pudo nunca saciar la tierra? «Cuántas más riquezas tiene el avaro, dice San Agustín, tanto más se abren las fauces de la avaricia, sin que lleguen nunca a cerrarse». En otros términos, la abundancia de las riquezas no calma, sino que excita la avidez. *Enviaste tus emisarios a la lejanía y descendiste hacia el seol. Con lo largo del camino te cansaste; no dijiste: «Desistiré»* (Is. 57, 9-10). ¡Pobres mundanos, qué de trabajos y de fatigas se imponen para ganar dinero y aumentar su fortuna! Pero, lejos de hallar la paz, cuanto más se enriquecen tanto más invadidos se sienten por la turbación y la tristeza. *Pasaron escasez y hambre los ricos, y al que busca al Señor ningún bien falta.* Ninguna miseria es comparable en la tierra a la miseria de los ricos, porque cuantos más bienes tienen, más desean, y como no llegan a tener lo que ambicionan, son siempre más pobres que los verdaderos cristianos, que, ávidos tan sólo de poseer a Dios, son, por ende, los verdaderos ricos, ya que viven contentos con su suerte y hallan en Dios todos los bienes. *Al que busca al Señor ningún bien le falta.* A estos verdaderos cristianos nada les falta, ya que poseen a Dios; pero a los ricos del siglo que viven sin Dios les falta todo, ya que les falta la paz. Con razón fue llamado loco el rico del Evangelio de San Lucas, que después de la espléndida cosecha decíase: *Alma mía, tienes muchos bienes repuestos para muchos años; huelga, come, bebe, date a la buena vida;* pero le llamaron loco cuando le dijeron: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma; y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 19-20). Porque este rico se imaginaba que, proporcionándose en la mesa los más delicados man-

jares a poder de dinero, tendría paz y felicidad: *Huelga, come, bebe*. «Pues qué, le dice San Basilio de Seleucia, ¿tienes por ventura alma de puerco, que basta con engordarla para que sea feliz?».

Tampoco los honores.—¿No sonreirá, al menos, la paz a los ambiciosos colmados de honores y dignidades? *Efraím se apacienta del viento*. Por lo tanto, si los honores del mundo no son más que humo y viento, ¿cómo podrán saciar el corazón humano? *Se eleva sin cesar el alboroto* (Sal. 73, 23), dice David. En vano ven los ambiciosos colmados sus deseos, pues que su ambición y su orgullo les empujan más arriba y se despiertan con renovada fuerza las inquietudes, las envidias y los temblores.

Tampoco las voluptuosidades.—¿De qué, a fin de cuentas, se alimentan quienes viven enfangados en el vicio impuro? *Quienes comían manjares delicados... abrazaron las basuras*. ¿Y es posible que semejantes inmundicias sacien el alma y la hagan disfrutar de la paz?

II. LA NATURALEZA DE ESTA EXISTENCIA DESGRACIADA:

I.º *Privación de la paz*.— ¿De qué paz (lo repito), de qué paz pueden disfrutar los pecadores mientras viven alejados de Dios? Desgraciados...; lo tienen todo, riquezas, honores, placeres, pero no tienen paz. ¿Qué digo? Nunca la tendrán, porque no puede fallar la palabra de Dios, que dijo: *Los impíos no tienen paz* (Is. 48, 22). Los desgraciados pecadores, exclama San Juan Crisóstomo, llevan doquiera con ellos el verdugo que no cesa de atormentarlos, es decir, los remordimientos de la conciencia; a lo que San Isidoro añade esta nota: «No hay suplicio más cruel que el de la

conciencia en desgracia de Dios. ¿Quieres vivir siempre alegre? Vive cristianamente».

Continua agitación.— Para que comprendamos el estado deplorable de los infelices pecadores, el Espíritu Santo los compara a las olas agitadas por la tempestad, sin punto de reposo. *Los impíos son como el mar agitado, que no puede apaciguarse* (Is. 57, 20). Viene una ola y tras ella otra, pero todas son olas de amargura y desolación; es decir, que una nadería basta para turbar y agitar al pecador. Si alguien se hallara en una sala de baile o en un concierto de música, pero colgado de los pies y con la cabeza abajo; ¿qué contento le causarían los festines? Así acontece a quien se halla en desgracia de Dios; todo está a la inversa en el alma y, en vez de estar unido con Dios y separado de las criaturas, está unido con las criaturas y separado de Dios. Pero las criaturas, dice San Vicente Ferrer, están fuera de nosotros y no pueden entrar en nuestro corazón, cuyas delicias puede tan sólo formar Dios. Son aguas que no llegan hasta la habitación de la sed. Acontece al pecador lo que al sediento que se hallara de pie en una fuente; las aguas es cierto que le rodean por todas partes, pero mientras no entren en él para apagarle la sed, el infeliz, con sólo su contacto no podrá sentir más que una sed siempre renovada.

3.º *Vacío del alma hecha para Dios.*— *Día y noche mi pan fueron mis lágrimas, mientras me están diciendo cada día: «¿Adónde está tu Dios?»* (Sal. 41, 4). Así nos pinta David la desgraciada vida que vivía cuando reinaba el pecado en su alma. Para hallar algo de calma recorría posesiones y jardines, dábase a la música y se hundían en regias delicias; pero todas las criaturas le increpaban: David, ¿quieres que nosotras te consolemos? Te equivocas. *¿Adónde está tu Dios?*

Lo abandonaste; vete a buscarlo, porque sólo El te puede dar la paz. Después de haber oído confesar a David, y bien alto, que no hallaba tranquilidad en medio de sus riquezas reales, y después de haberle visto llorar incesantemente día y noche, prestemos atento oído a la voz de su hijo. Recuérdanos Salomón que nunca se rehusó placer que le reclamaran los sentidos: *Y nada de cuanto deseaban mis ojos les negué*, y, a pesar de ello, exclamaba: *Todo es vanidad y empeño vano* (Ecl. 1, 14). Notadlo bien; no dice solamente que todo lo terreno sea vanidad, sino también que todo es aflicción de espíritu.

4.º *Temor de los juicios divinos.*— Bien manifiesta esto la experiencia, porque el pecado lleva anejo el temor de la justicia divina. Si hubiera alguno incurrido en la ira de algún enemigo poderoso, no podría dormir tranquilo, y quien tiene a Dios por enemigo, ¿podrá gozar de paz? No; *la esperanza de los malvados perecerá*. No bien cometido el pecado mortal, asaltan al pecador grandes temores, y hasta la hoja que se mueve le infunde pavor: *Voces espantosas suenan en sus orejas*, y se diría que busca siempre la huída, aun cuando nadie le persiga: *Huye el malvado sin que se le persiga*. No lo persiguen los hombres, pero lo persigue su propio pecado. Tal aconteció con Caín, que luego de matar a su hermano Abel decía atemorizado: *Me ha de matar cualquiera que me encuentre*, y aun cuando el Señor le aseguró que nadie lo habría de hacer, Caín, perseguido por su pecado, como atestigua la Escritura, anduvo siempre errante, sin morar en parte alguna.

5.º *Los remordimientos.*— Además, el pecado trae consigo los remordimientos de la conciencia, que es el gusano cruel que siempre roe y muerde: *Su gusano no morirá* (Is. 66, 24). Aun cuando el pecador vaya al

festín, al teatro y a las fiestas, oirá en todas partes a la conciencia diciéndole: «¡Pobre de ti, que perdiste a Dios!; si murieras ahora, ¿dónde irías?» También en la vida presente es tan grande el remordimiento de la conciencia, que ha habido quienes para librarse de él han llegado a darse la muerte, como hizo Judas, que, desesperado, se ahorcó en un árbol. Cuéntase también de un hombre que cometió un infanticidio y tuvo tales remordimientos, que no le dejaban descansar; para librarse de ellos fue a encerrarse en un monasterio, y, como no hallara la paz, terminó por presentarse al juez, declarándose culpable y pidiendo él mismo la muerte.

III. LO QUE ES INCOMPRENSIBLE: *Esta vida desgraciada y la que se prepara en la eternidad cuestan muchas penas y fatigas.*— Laméntase Dios de que los pecadores se hacen culpables respecto de El de doble injusticia: primero, porque le abandonan a El, que es fuente de todo consuelo; y segundo, porque van tras de cisternas fétidas y rotas, que no pueden suministrar aguas de paz. *Dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, para excavar aljibes, aljibes agrietados, que no retienen las aguas* (Jn. 2, 13). Por eso dice Dios en otra parte: *En pago de no haber servido a Yahveh tu Dios con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria total.* (Dt. 28, 47-48). Harto experimentado lo tienen los pecadores: los vengativos, que tanto sufren luego de haberse vengado con la muerte de sus enemigos, huyendo pobres, desolados y abandonados de todo el mundo, para librarse de los familiares de la víctima y de los ministros de la justicia; los impuros, a quienes

tanto cuenta la satisfacción de sus criminales pasiones; los avaros, cuando roban lo ajeno. Si padecieran por Dios lo que padecen por el pecado, acumularían extraordinarios méritos para el cielo y vivirían felizmente; mas como se hallan en pecado viven vida desgraciada en este mundo y vivirán vida más desgraciada por siempre jamás en el infierno. Tal es la queja de los condenados en el infierno, que exclaman: *Nos has-tiamos de los senderos de iniquidad y perdición y atravesamos páramos intransitables.* ¡Desgraciados de nosotros!, exclamarán, caminos durante la vida por un camino lleno de espinas; por cuántas penalidades arrastramos una vida desgraciada, llena de hiel y de veneno, ¿y para qué? Para abocar en esta terrible prisión y vivir eternamente existencia mucho más desgraciada.

6. Cuán feliz es la vida del justo

I. FUENTE DE ESTA FELICIDAD: *Dios, que da la paz: ejemplo de San Agustín.*— *La justicia y la paz se besarán*, dice David. Cuando la justicia reina en el alma reina también en ella la paz. Más aún, añade David: *Pon en el Señor tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia.* (Sal. 36, 4). Para comprender este texto es necesario señalar que los mundanos pretenden satisfacer los deseos de su corazón con los bienes de este mundo, y como tales bienes no pueden satisfacerlo, su corazón pide siempre más, y por muchos bienes que atesore nunca estará contento. Son, pues, ciertas las palabras de David: *Pon en el Señor*

tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia. Deja las criaturas, busca tu felicidad en Dios, y Dios satisfará todos tus deseos.

Ejemplo de San Agustín.— Esto precisamente le aconteció a San Agustín: que no hallaba la paz mientras la buscaba en las criaturas; mas cuando se comprendió de ellas y colocó su amor en Dios, fue cuando dijo: «Todas las cosas son duras, y sólo vos, Señor, sois el descanso del alma». Como si dijera: Ahora, Señor, reconozco mi locura; quería hallar la felicidad en los placeres terrenos y ahora veo que todo eso es vanidad y aflicción de espíritu. El corazón solamente encuentra la paz y la felicidad en vos.

II. EXCELENCIA DE ESTA FELICIDAD. *Sobrepuja todo sentido. Ejemplos.*— *La paz de Dios sobrepuja toda inteligencia.* (Fil. 4, 7). La paz con que el Señor inunda los corazones enamorados de El sobrepuja a cuantos placeres podemos hallar en la tierra.

Preguntádselo a San Francisco de Asís, a quien el grito de «Dios mío y mi todo» le hacía experimentar en la tierra las delicias anticipadas de la gloria. Preguntádselo a San Francisco Javier, que, hallándose entre las fatigosas misiones de las Indias le llenaba el Señor de tales dulzuras, que exclamaban: «¡Basta, Señor, basta!» Pregunto yo ahora: ¿Se encontró nunca mundano alguno tan colmado de bienes terrenos que se viera en la necesidad de exclamar: «¡Basta, Señor, basta! Tengo bastantes riquezas, bastantes honores, bastantes aplausos, bastantes placeres»? No; siempre buscarán más honores y más riquezas, y cuantas más tengan mayor será su sed e inquietud.

III. MEDIOS PARA ADQUIRIRLA.— En suma: persuadámonos de esta verdad: Dios solo contenta el

humano corazón. Los mundanos no lo quieren admitir.

1.º Temen que al darse a Dios van a vivir vida trabajosa y triste.

2.º Mas yo les diré con el profeta: *Gustad y ved cuán bueno es el Señor!* ¡Insensatos!, ¿por qué despreciáis y declararéis desgraciada esta vida que vosotros ni siquiera habéis probado a vivir? *Gustad y ved* (Sal. 33, 9).

3.º *Poned manos a la obra.*— Sí; poned manos a la obra. Asistid diariamente a la misa. Haced la meditación y la visita al Santísimo Sacramento. Comulgad, por lo menos, semanalmente. Huíd de las malas conversaciones. Habituaos a conversar con Dios, y veréis cómo Dios, si así vivís, os hará experimentar las delicias y la paz que hasta ahora no supo daros el mundo, y de la que ni tenéis la menor idea.

7. Los verdaderos insensatos son los pecadores

I. DESPRECIAN LA AMISTAD DE DIOS. *¡Gran locura!*— ¿Podrá haber mayor locura que, pudiendo ser amigo de Dios, quiera uno ser su enemigo? Tanto más que el pecador se condena por el hecho mismo a vivir vida desgraciada y ser un día condenado con la espantosa eternidad del infierno.

1.º *Esta amistad se alcanza fácilmente.*— Cuenta San Agustín que, hallándose dos cortesanos en cierto convento de monjes, uno de ellos se puso a leer la vida de San Antonio, abad: «Leía, dice el santo doctor, y al paso

que leía se despojaba del mundo» y de todo afecto terreno. Dirigiéndose luego a su compañero, le dijo: «Amigo. ¡cuán locos somos! ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué podemos esperar en la tierra más que ser amigos del emperador si le servimos bien? Y antes de llegar a ello, ¡por cuántos peligros habemos de pasar, y con riesgo, además, de perder nuestra salvación eterna! Además, ¿cuándo llegará el día en que el emperador nos otorgue su amistad? Pues bien, si yo quiero ser amigo de Dios, puedo serlo en este instante, con tal de que me congrese con El». Efectivamente, la gracia divina, como nos lo enseña la Sagrada Escritura, *es tesoro inagotable para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios* (Sab. 7, 14).

2.º *Los gentiles no creían en su posibilidad.*— Los gentiles creían de todo punto imposible que la criatura alcanzara nunca la amistad de Dios. Sin igualdad no hay amistad, y, como se expresa San Jerónimo, «la amistad supone la igualdad o la establece».

3.º *Jesucristo nos lo asegura.*— Con todo, merced al fiel cumplimiento de la ley divina nos hacemos amigos de Dios, en frase del mismo Jesucristo: *Vosotros sois mis amigos, si hicieréis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos* (Jn. 15, 15).

4.º *A pesar de esto, los pecadores prefieren el odio a la amistad de Dios.*— Vuelvo a repetir: ¡qué locura la de los pecadores, que, pudiendo gozar de la amistad de Dios, viven bajo el peso de su odio! Ciertamente que Dios no odia a ninguna criatura suya, ni a los tigres, ni a las víboras, ni a los animales más inmundos. *Amas todo cuando existe, y nada de lo que hiciste abominas* (Sab. 11, 25). Por el contrario, Dios

no puede por menos de odiar al pecador: *Odias a todos los que el crimen obran*. Sí, porque Dios no puede menos que odiar al pecador como a un enemigo suyo que se opone a su voluntad. Por esto, al detestar al pecado detesta necesariamente el pecador: *Son para Dios igualmente aborrecibles el impío y su impiedad* (Sab. 14, 9).

II. VIVEN EN OPOSICIÓN CON EL FIN POR EL QUE DIOS LOS CREÓ. EXPLICACIÓN: 1.º *Este fin es la vida eterna*.— Dios no nos colocó en la tierra ni nos conserva en ella para que vayamos en pos de las riquezas, los honores, los placeres, sino para que le amemos y sirvamos en este mundo y vayamos a amarle y a poseerle al otro por toda la eternidad: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Razón tenía San Gregorio para comparar la vida presente a un camino, al camino que hay entre recorrer para llegar a nuestra patria, que es el cielo: «En la presente vida, son sus palabras, estamos como en el camino que lleva a la patria».

2.º *Esta oposición aboca al camino del infierno*.— Pero la mayoría de los hombres viven, desgraciadamente, como necios, pues, en vez de emprender el camino del cielo, siguen el de infierno. Este no sueña más que en riquezas, y por viles intereses pierde los bienes inmensos del cielo. Aquél no sueña más que en honores, y por un poquito de humo renuncia al reino que le brinda el cielo. Al de más allá no le interesan más que los placeres sensuales, y por algunas miserables satisfaccioncillas de corta duración pierde la gracia de Dios, a la vez que se condena a arder eternamente en las prisiones infernales. ¡Pobres locos! Si supieran que luego de tal o de cual pecado se les habría de quemar la mano con un hierro candente o se

les tendría que encerrar durante diez años en negro calabozo, ciertamente no lo cometerían. Y ¿es que acaso ignoran los desgraciados que en pena de sus pecados serán condenados a la prisión del infierno, donde, sumidos eternamente en el fuego, no dejarán nunca de arder? Hombres hay que no dudan en sacrificar la vida del alma para conservar la vida del cuerpo. ¿Es que ignoran que perdiendo una pierden también la otra, puesto que el cuerpo tendrá que arder eternamente en el infierno? «Imposible, dice San Juan Crisóstomo, salvar el cuerpo descuidando el alma».

3.º *Viven como irracionales.* En una palabra, los pecadores pierden de tal modo la razón, que se hacen semejantes a los animales, que buscan a impulsos de su instinto la satisfacción de sus groseros apetitos, sin preocupación de ley alguna que valga. Así se portan los pecadores, no como hombres, sino como animales sin razón. «Y a la verdad, nota San Juan Crisóstomo, miramos como hombres al que conserva intacto el rasgo distintivo de hombre. Y ¿qué rasgo es éste sino la razón?»

A impulsos de los sentidos.— El hombre verdadero tiene el patrimonio de esta noble facultad; debe seguir sus luces y no obrar a impulsos de los sentidos. Si Dios diera el uso de la razón a un animal y éste en su modo de portarse siguiera sus luces, diríamos que se porta como un hombre. Pues bien, cuando el hombre, en vez de escuchar a la razón, obedece a los sentidos, ¿qué habrá que decir? Hay que reconocerlo por fuerza: este tal se conduce como un animal.

Sin preocuparse del futuro.— El que se porta como hombre, según las reglas de la razón, se preocupa del porvenir: *Si fueran sabios, comprenderán estas cosas, meditarían en su suerte final.* Si piensa en el futuro, se pre-

ocupa de lo que nos espera al fin de nuestros días, de la cuenta que tendremos que dar inmediatamente luego de nuestra muerte y, finalmente, de la gran sentencia que en consonancia con nuestras obras se habrá de seguir: o cielo o infierno eterno. «No llames sabio al que no lo es consigo mismo», dijo San Bernardo.

4.º Pierden de vista su último fin.— Los bienes de la vida presente es lo que tan sólo quieren los pecadores que no se preocupan del fin para que han sido creados. Pero ¿de qué les valdrá ganar todas las cosas sin alcanzar el fin que les habría de hacer felices? *Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). Llegar a alcanzar la meta del fin ha de constituir nuestra única solicitud, porque, si esto erramos, lo erramos todo. Y ¿en qué consiste este fin? En la vida eterna. Sí, nos dice el Apóstol: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Los pecadores viven despreocupados de conseguir este fin.

Al paso que adelantan hacia la muerte.— Se encaminan hacia la muerte, y un día se hallarán en el umbral de la eternidad sin saber dónde irán a parar. Si al piloto de un buque le preguntaran: «¿Hacia qué costas te diriges?», y él no supiera responder, todos concluirían que los dirige a la perdición, nota San Agustín. Así como los sabios del mundo, peritos en enriquecerse, en acaparar honores, en divertirse, pero ignorantes en la salvación del alma.

¡Qué decepción les aguarda!— ¡Cuán pobre fue el rico del Evangelio! Supo enriquecerse y vivir espléndidamente, pero al fin murió y fue sepultado en los infiernos. ¡Cuán pobre fue Alejandro el Grande, que supo conquistar tantos reinos y al morir fue condenado a los suplicios eternos! ¡Cuán pobre fue Enrique VIII, que se rebeló contra la Iglesia de Cristo y en el punto del morir, al ver que perdía el alma, exclamó desesperado: *Amigos, lo*

hemos perdido todo. Y ¡cuántos habrá actualmente lamentándose en el infierno y gritando: *¿Qué provecho nos trajo la altanería? O la riqueza con jactancia, ¿de qué nos ha servido? Se pasó todo aquello como sombra* (Sab. 5, 8-9). Figuramos aparatosamente en el mundo, disfrutamos de riquezas y honores; pero ahora pasó todo como sombra y no nos queda más que torturas y lágrimas eternas. «Los pecadores, dice San Agustín, la mayor desgracia que tienen es su felicidad, porque el enemigo interior, su perversa voluntad, se fortalece».

¡Qué desolación cuando lo vean todo perdido!— A todos estos descuidados de su alma les acontecerá lo que dice Salomón: *La alegría remata en duelo.* Diversiones, dignidades, riquezas, todo acaba en tristeza y eterno llanto: *He numerado mi vida como un tejedor, de la trama me ha cortado* (Is. 38, 12), como decía el rey Ezequías. ¡Desgraciados de ellos! ¡Con qué diligencia tejían la tela de sus esperanzas mundanas, con qué alegría veían la sonrisa de la fortuna, cuando sobrevino de pronto la muerte, cortóles el hilo de la existencia, y despojólos de todo y los envió a arder eternamente a la magna fosa del fuego! Y ¿qué locura mayor puede darse que el amigo de Dios quiera hacerse esclavo de Lucifer, que el heredero del paraíso quiera con el pecado hacerse condenado del infierno? En efecto, no bien cometido el pecado mortal, firma el pecador su inscripción en el número de los condenados. Decía San Francisco de Sales que, si los ángeles pudiesen llorar, llorarían al ver la ruina que causa al alma quien comete un pecado mortal y no cesarían de lamentarlo.

III. CON TODO ESTO VIVEN UNA VIDA DESGRACIADA.— Y ¿cuál será la mayor locura del pecador? Consiste en que el desgraciado pecador vive una vida infeliz.

1.º *Los bienes del mundo son insuficientes para el corazón del hombre.*— Todos los bienes del mundo no pueden contentar a nuestro corazón, porque está creado para Dios; imposible, por tanto, que encuentre nunca la paz fuera de Dios. ¿Qué son todas las grandezas y delicias del mundo sino *vanidad de vanidades*?, responde Salomón. Miserias, mentiras e ilusión.

2.º *No traen la paz.*— Salomón añadía, apoyado siempre en la propia experiencia: *Vanidad y empeño vano*. Todos estos bienes no sólo no contentan, sino que afligen al alma, y cuanto más abundantes son tanto más la aflige. Los pecadores esperan hallar paz en los pecados, pero ¿qué paz van a hallar, si *los impíos, afirma Yahvé, no tiene paz*?

Sólo Dios es quien la proporciona.— No quiero hoy extenderme sobre este tema de la vida infeliz de los pecadores, al que ya dediqué un sermón entero. Ahora tan sólo me limito a recordaros que la paz es don que hace Dios a las almas que le aman y no a quien lo desprecia y, en lugar de sus amigas, quieren hacerse esclavas del demonio, que es tirano *cruel y no se apiadará*, como dice Jeremías. Y si nos promete deleites, no lo hace por bien nuestro, nota San Cipriano, sino por tenernos compañeros de su pena y de su infierno.

8. Los santos son los verdaderos sabios

I. LA SABIDURÍA SE EXPLICA.— Estemos de ello persuadidos: los verdaderos sabios son quienes saben amar a Dios y conquistar el paraíso.

¡Felices, pues, quienes puedan decir con el libro de la Sabiduría: *Le dio la ciencia de las cosas santas!* (Sab. 10, 10).

1.º *Amar a Dios y salvarse.*— No hay ciencia más verdadera que la de saber amar a Dios y salvar el alma. A San Agustín hacíasele la primera de las ciencias: «¡Feliz, Dios mío, quien te conoce e ignora todo lo demás!»

2.º *Amar a Dios y santificarse.*— Cierta día, Fr. Gil; de la Orden de San Francisco, decía a San Buenaventura: «Padre mío, ¡qué dicha la vuestra al saber cosas tan hermosas, con las que podréis santificaros más fácilmente que yo, pobre ignorante!» «Escucha, hermano, replicó el santo, si una viejecita, por ignorante que sea, ama a Dios más que yo, juzgadla más santa y más sabia que yo». Con lo que Fr. Gil, púsose a gritar: «Escucha, viejecita, escucha lo que dice el P. Buenaventura: «Si tú amas a Dios más que él le ama, puedes ser más santa que el».

II. ESTA SABIDURÍA PRACTICADA POR LOS SANTOS.— «Levántanse los ignorantes y nos arrebatan el reino de los cielos», decía San Agustín, y nosotros, los doctos de mundo, ¿qué es lo que hacemos? Y a la verdad, ¡qué de ignorantes se salvan sin saber leer, pero sabiendo amar a Dios! Y ¡cuántos sabios según el mundo se condenan! ¿Qué excelsos sabios fueron San Juan de Dios, San Félix de Cantalicio y San Pascual Bailón, pobres legos franciscanos, indoctos en ciencias humanas, pero doctísimos en las divinas! ¡Cosa de maravilla y que hasta los mismos mundanos reconocen! Cuando ven a personas que viven separadas del mundo para vivir únicamente para Dios, no dudan en proclamarlas dichosas, aun cuando luego no los imiten en nada.

PERORACIÓN: *Elegid.*— Decidme, hermanos, ¿a qué bando queréis pertenecer, al de los sabios según el mundo o al de los sabios según Dios? Para acertar en la elección sigamos el consejo de San Juan Crisóstomo: «Vayamos a los sepulcros». ¡Cuán excelente cátedra es la del cementerio para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y aprender la ciencia de los santos! «¡Ea!, pregunta el santo, ¿podéis distinguir entre tantos cadáveres los de los príncipes, los de los ricos, los de los sabios? En cuanto a mí, responde, yo no veo más que gusanos, osamentas y podredumbre». Con la muerte se desvanecieron todas sus riquezas y dignidades.

2.º *Huíd cuanto antes del mundo.*— Y ahora ¿qué es lo que tenemos que hacer? Seguid el consejo de San Pablo: *Esto, pues digo, hermanos: el tiempo es limitado. Por lo demás... Los que usan del mundo como quien no abusa. Porque pasa la configuración de este mundo.* Este mundo es escena que pasa y se acaba pronto: *el tiempo es limitado.*

3.º *Emplead los medios.*— Procuremos en los días que nos restaren de vida vivir como sabios, no según el mundo, sino según Dios, preocupándonos de la salvación del alma, empleando los medios conducentes para ello, como la fuga de las ocasiones peligrosas, la meditación, fidelidad a las reuniones piadosas de las congregaciones, frecuencia de sacramentos, hacer diariamente la lectura espiritual y asistir a diario también, si es posible, a la misa, o, al menos, a la visita al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen ante alguna devota imagen. Así llegaremos a ser verdaderos sabios y así seremos felices en esta vida y por toda la eternidad.

9. El tiempo es precioso

1.º *El tiempo es precioso porque es favorable.*— Dios nos dijo por boca de Isaías: *En el tiempo propicio te escucho y en el día de tu salvación te ayudo* (Is. 49, 8). Al explicar San Pablo este *tiempo propicio*, dice que es todo el tiempo que Dios nos concede para obrar el bien: *Mirad, ahora es tiempo favorable*, y continúa llamándolo *día de la salud* (2 Cor. 6, 2). Con lo que es idea del Apóstol, exhortarnos a no dejar pasar inúltimente el tiempo presente, al que llama día de salvación, porque, pasado tal día, ya no tendremos salvación posible.

2.º *El tiempo es breve.*— Porque nuestra vida es breve y el tiempo es corto, nos exhorta el Apóstol a los que lloran (sean) *como si no llorasen*; y los que gozan, *como si no se gozasen*; y los que compran, *como si no poseyesen*; y los que usan del mundo, *cómo quien no abusa* (1 Cor. 7, 29-35). Pues si es breve el tiempo que se nos da para la permanencia en el mundo, dice el Apóstol que no se quejen los afligidos, porque sus sufrimientos durarán poco; que no se apeguen a la felicidad quienes gozan, porque la felicidad terrena no es duradera. De lo que se desprende que hay que servirse de este mundo no para disfrutar de sus bienes caducos, sino para merecer la vida eterna.

3.º *El tiempo bien empleado, es rico en merecimiento.*— *Hijo, observa el tiempo*, (Eclo. 4, 23), dice el Espíritu Santo. Sé diligente en mirar cómo empleas el tiempo, que es la cosa más preciosa y el don más excelso que Dios te puede conceder. En efecto, «cada minuto de tiempo vale tanto como el mismo Dios», dice San Bernardino de Siena, «ya que en cada minuto de tiempo bien empleado se asegura la posesión de

Dios». Sí añade el santo, «en cada momento puede el hombre alcanzar el perdón de los pecados, la gracia de Dios y la gloria del paraíso. De aquí que San Buenaventura concluya que no hay pérdida que se pueda igualar a la pérdida del tiempo».

10. Se desprecia desgraciadamente el tiempo

1.º Los hombres lo desprecian a menudo.—Y ¿cómo tratan los hombres este bien, precioso entre todos los bienes? San Bernardo se lamenta del poco caso en que se le tiene y exclama dolorido. «Nada hay más precioso que el tiempo ni anda más despreciado. Ahí tenéis a ese hombre sentado cuatro o cinco horas ante una mesa de juego. Si le preguntáis qué hace allí esas horas enteras, os responderá que divertirse. Allí al otro, medio día en la calle o al balcón. Si le preguntáis qué es lo que hace, os responderá que pasar el tiempo. ¿Y por qué, preguntaba el mismo santo, perder así el tiempo? «Y ¿por qué perder ni siquiera una hora de las que misericordiosamente te dio el Creador en su bondad para hacer penitencia y adquirir gracia?» ¡Tiempo precioso, los hombres te desprecian durante la vida; pero en la hora de la muerte te desearán ansiosamente, y más ansiosamente te desearán en el otro mundo!

2.º Lo lamentarán tarde, pero inúltimente.—El tiempo es un bien que solamente en esta vida se halla y no en la otra; no se halla ni en el infierno ni en el cielo ¡Ah, exclamarán los condenados, si al menos se nos diera una hora! Pagarían todo cuanto pudieran por una

sola hora, por un solo minuto de tiempo que remediar su eterna ruina; pero no tendrán esta hora, ni siquiera este minuto de tiempo. En el cielo no hay lamentos; pero si de algo se pudieran lamentar los bienaventurados, sería solamente de haber perdido el tiempo durante la vida, tiempo que hubieran podido emplear en merecer una gloria más excelsa.

3.º *Sentimientos de los santos*.— Una monja benedictina se apareció después de la muerte, radiante de gloria, a cierta amiga suya, a quien comunicó que se hallaba colmada de felicidad y que, si algo pudiera desear, sería solamente retornar a la tierra para volver a comenzar a sufrir con objeto de merecer mayor aumento de gloria. «Además, añadió, sufriría con agrado hasta el día del juicio final todos los padecimientos crueles que precedieron mi muerte, aun cuando sólo fuera para alcanzar la felicidad correspondiente al mérito de un *avemaría*».

San Francisco de Borja estaba tan penetrado de esta verdad, que ponía todo su empeño en consagrar a Dios todos los instantes de la vida; por lo que cuando le hablaban de las cosas terrenas, levantaban el corazón a Dios y era tal su recogimiento interior, que, si le preguntaban en qué pensaba, no sabía qué responder; cierto día que le criticaban por esto, respondió que prefería pasar por necio a perder el tiempo en naderías.

11. Perder el tiempo es un mal y un peligro

I. ES MAL: I.º Perder el tiempo es obrar contra la voluntad de Dios.— Tal vez haya quien diga: Y ¿qué

mal hago yo?— ¡Cómo!, ¿no es mal perder el tiempo en diversiones, en conversaciones, en ocupaciones frívolas y sin provecho para el alma? ¿Es que Dios te dio el tiempo para perderlo? No, dice el Espíritu Santo, *no se te escape tu porción deseable* (Eclo. 14, 14).

2.º *Ejemplo de los obreros de la viña.*— Los trabajadores de quienes habla San Mateo no hacían mal a nadie, sino que tan sólo perdían el tiempo, y, a pesar de ello, el dueño de la viña les dijo en torno de reproche: *¿Por qué os estáis ahí todo el día holgando?* En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta no sólo de los meses y días que hayamos perdido, sino hasta de cada palabra ociosa. *Os certifico que de toda palabra ociosa que hablaben los hombres darán razón en el día del juicio* (Mt. 12, 36). Y hasta del más mínimo instante perdido habrá que dar cuenta.

3.º *¿Qué hay que pensar y cómo hay que obrar?*— Pues bien, dice San Bernardo: «Mirad como tiempo perdido todo el que no empleéis en Dios o para Dios». Por esto nos exhorta el Señor: *Todo lo que puedas hacer, con tu fuerza hazlo; porque no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el seol, adonde te encaminas* (Eclo. 9, 10).

No dejes, pues, para mañana lo que puedas hacer hoy, porque tal vez mañana hayas muerto y estés ya en el otro mundo, donde *no hay obra*, ni tiempo para obrar el bien, *ni razón*, ya que no la hay para discurrir lo que se hace, sino solamente para disfrutar de las mercedes recibidas o para padecer la pena del mal hecho. *Hoy, si oyerais su voz, no endurezcáis, cual en Meriba, vuestro corazones.* Dios te invita hoy a confesarte, o restituir aquellos bienes, a reconciliarte con tu enemigo; obedece hoy, pues mañana puede ser que no tengas tiempo o que Dios te retire su llamada. Nues-

tra salvación estriba por completo en la correspondencia a la llamada del Señor y en el tiempo en que Dios nos llama.

II. PERDER EL TIEMPO ES UN PELIGRO: I.º *Amenazas del Señor.*— «Aun soy joven, dirá tal vez alguien; tiempo vendrá en que me consagraré a Dios». Sábetelo, hijo mío, que Jesucristo maldijo la higuera estéril, a pesar de que entonces, como nota el Evangelio, *no era tiempo de higos*. Con ello quería darnos a entender el Salvador que el hombre ha de rendir frutos de buenas obras en todo el tiempo, hasta en la juventud. De no hacerlo así, experimentará la maldición y no dará frutos, como se conminó a la higuera: *¡No más para siempre coma nadie fruto de ti!* (Mc. 11, 14).

Léese en el Eclesiástico: *No tardes en convertirte a El y no lo difieras de un día a otro, pues su furor estallará de repente* (Eclo. 5, 8). Si te hallares en pecado, no retardes el arrepentimiento y la confesión sin diferirlo para mañana, dado que si no obedeces la voz de Dios, que te llama hoy a confesión, puedes hoy mismo morir en pecado, y mañana ya no habrá remedio para ti. ¡Cosa extraña! El demonio juzga que es breve el tiempo de nuestra vida, por lo que para tentarnos no pierde ni un minuto durante el día ni durante la noche. *Bajó a nosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo* (Ap. 12, 12). Y ¿qué?; el enemigo no pierde ni un minuto del tiempo de que dispone para perdernos, y ¿nosotros perderemos el tiempo que tenemos para salvarnos?

2º. *Incertidumbre del tiempo venidero.*— Más tarde me consagraré a Dios. «¡Desgraciado de ti, responde San Bernardo; ¿por qué quieres contar con el futuro, como si el Eterno Padre hubiera puesto en tu poder el tiempo de

consagrarte a El cuando te pluguiere? Job estaba bien persuadido de que no podía contar con el futuro cuando exclamaba tembloroso: *Me llamaría entonces mi Hacedor*. Tú dices que no te quieres confesar hoy y mañana tendrás tiempo de pensar en ello. «¡Cómo!, te responde San Agustín, ¿con que no cuentas con la hora y presumes del día?» Sí; ¿cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si se te reserva una sola hora? Santa Teresa decía que el que no está presto a morir en el día, debe tener una mala muerte.

3.º *Imposibilidad de reparar el tiempo perdido.*—«Desaparecen unos en pos de otros los días de salvación, y nadie piensa en ello ni en que pasan sin volver a parar». Así deplora San Bernando la ceguedad de los insensatos que dejan pasar días y días, sin pensar que el día perdido, perdido está para siempre. Cuando se acerque la muerte, pedirán un año, o un mes, o un día; pero no lo tendrán, y sólo oirán decir: *No habrá ya más tiempo* (Ap. 10, 6). ¿Qué no se daría entonces por tener una semana, un día al menos, siquiera una hora, para ordenar los asuntos de la conciencia! Dice San Lorenzo Justiano que los desgraciados, «para alcanzar tan sólo una hora, lo sacrificarían todo, riquezas, dignidades y placeres; pero este momento se les negará. El sacerdote, de pie ante el lecho del moribundo, dirá: «Parte, alma cristiana; marcha de este mundo, porque para ti ya no hay tiempo».

4.º *Desolación y lamentos de los moribundos.*—Escuchad los lamentos del moribundo: ¡Ojalá que hubiera tomado a pecho mi santificación y hubiera empleado los años que Dios me dio para amarle!» Pero ¿de qué aprovecharán tales lamentos? ¡Qué desolación experimenta el viajero que se equivocó de camino y se da cuenta de ello cuando las tinieblas de la

noche le rodean y ya no tiene tiempo de remediar el error! Así acontecerá, al acercarse la muerte, a quien haya vivido muchos años en el mundo sin emplearlos para Dios. *Viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4). Por esto nos amonesta el Señor: *Caminad mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os sorprendan* (Jn. 12, 35). Caminad por las vías de la salvación ahora que tenéis luz y antes de que os sorprendan las tinieblas de la muerte, entre las cuales nada se puede hacer sino lamentarse del tiempo perdido.

Convocó contra mí una reunión. Al punto del morir se presentan ante la conciencia del pecador todos los años que le fueron concedidos para obrar su salvación, y de los que no se valió más que para aumentar sus deudas para con Dios; preséntanse todas las inspiraciones, todas las gracias recibidas de Dios para devolverle amor por amor, de las que no se quiso aprovechar; y al cabo de todo ello, el moribundo se verá en la imposibilidad de hacer el más mínimo bien. Entonces, desgarrado por los remordimientos y sumido en estas desoladoras tinieblas de la muerte, exclamará el desgraciado: ¡Cuán loco he sido! ¡Cómo perdí la vida! ¡Años perdidos en los que podía haber ganado tesoros de méritos para mi santificación! Por desgracia, no soy santo y ya no hay tiempo para serlo. Pero vuelvo a repetirlo: ¿de qué servirán estos pesares y estas lamentaciones de la hora en que va acabarse la escena de este mundo, la lámpara va a lanzar su postrer resplandor y el moribundo a franquear el gran momento de que depende la eternidad?

PERORACIÓN: *1.º Estad siempre apercebidos.— Vosotros también estad apercebidos, pues a la hora que no penséis, viene el Hijo del hombre.* (Lc. 12, 40).

El Señor dice: *Estad apercebidos*. No dice: «Preparaos en el tiempo de la muerte», sino estad apercebidos para cuando venga, porque cuando menos lo penséis vendrá el Hijo del hombre a pedirnos cuenta de vuestra vida, y entonces será difícilísimo, con la confusión de la muerte, ajustar de tal modo las cuentas, que dejéis de ser reos ante el tribunal de Jesucristo. Ciertamente que la muerte puede venir dentro de veinte o de treinta años, pero también puede venir en poco espacio de tiempo, dentro de un año o de un mes. Si alguno supiera que en breve se habría de ver envuelto en un pleito del que dependería su vida, ciertamente que no dejaría llegar tranquilamente el tiempo del juicio, sino que se esforzaría por elegir un buen abogado que ilustrase a los jueces y los interesara en su favor. Y nosotros, ¿qué es lo que hacemos? Estamos seguros de que día vendrá en que se trate la causa del mayor asunto que tenemos, el asunto de nuestra vida, no ya temporal, sino eterna, y de que este día puede estar muy próximo, y ¿aun perdemos el tiempo? ¿Qué digo?, si, en vez de ajustar nuestras cuentas, lo que hacemos es confirmar con renovados delitos la sentencia de nuestra condenación a muerte eterna...

2.º *Reparad el pasado*.— Si en lo pasado tuvimos la desgracia de emplear el tiempo en ofensas de Dios, procuremos hacer penitencia de ello en lo que nos restare de vida y digamos con el rey Ezequías: *Caminaré todos mis años en la amargura de mi alma* (Js. 38, 15). El Señor nos deja vivir precisamente para que tengamos oportunidad de reparar el tiempo perdido. *Así, pues, según tengamos oportunidad, obremos el bien* (Gal. 6, 10).

3.º *Rescatad el tiempo perdido*.— Si en lo pasado nos condujimos como insensatos y si ofendimos a

Dios conculcando su santísima voluntad, escuchemos al Apóstol, que nos recomienda ser prudentes en lo futuro, rescatando el tiempo perdido: *Mirad, pues, con gran circunspección cómo andáis, no como necios, sino como sabios, rescatando el tiempo, porque los días son malos. Por eso no os hagáis insensatos, sino entended cuál sea la voluntad del Señor* (Ef. 5, 15, 17).

Dice San Pablo que *los días son malos*, y lo explica San Anselmo diciendo que pasamos la vida en medio de mil tentaciones que incesantemente ponen en peligro nuestra salvación, por lo que toda cautela es poca para librarnos de la eterna perdición. Y ¿qué significan las palabras *rescatando el tiempo*? «Rescatar el tiempo, explica San Agustín, es sacrificar, cuando llegare el caso, los intereses presentes a los intereses eternos, que así se compra la eternidad con la moneda del tiempo». Tan sólo debemos vivir para cumplir con todo el empeño posible la voluntad de Dios, y si necesario fuere, dice San Agustín, es preferible padecer algún detrimento temporal antes que comprometer la eternidad ¡Oh, y cuán bien supo San Pablo reparar el tiempo que había perdido! Fue llamado por Dios después de todos los apóstoles, dice San Jerónimo, y, con todo, fue el primero en merecimientos debido a sus obras, «por lo que fue el postrero en la vocación y el primero en merecimientos, dado que trabajó más que todos los demás».

4.º *Ganad méritos para el cielo.*— Si no hubiera más argumentos, pensemos que a cada instante podemos enriquecernos más y más para el cielo. Si os fuera concedido en propiedad todo el terreno que pudieseis recorrer en un día o todo el oro que pudieseis contar en otro, decidme si permaneceríais sin hacer

nada. ¿Perderíais el tiempo u os afanaríais para fatigar pies y manos? Pues a cada instante podéis adquirir tesoros eternos para la otra vida, y ¿aun perderéis el tiempo? Lo que podéis hacer hoy no lo dejéis para mañana, porque perderéis el día de hoy sin volverlo a recuperar. Contáis con hoy, pero no contáis con mañana.

12. El pecado mortal es un gran desprecio de Dios

Escuchad, cielos y presta oídos, tierra, pues es Yahveh quien habla: hijos he criado y engrandecido, pero se han rebelado contra mí (Is. 1, 2). En semejantes términos invita el Señor al cielo y a la tierra a que detesten la ingratitud de que se hacen reos los hombres cuando lo ofenden mortalmente después de haberles criado, alimentando con su sangre y colmado de honores, hasta el punto de hacerlos hijos adoptivos.

1.º Distancia infinita que separa al pecador de Dios, al insultador del insultado.— ¿Quién es este Dios, a quien así desprecian los pecadores? La Majestad infinita, ante quien todos los reyes de la tierra y todos los bienaventurados del cielo son menos que una gotita de agua y como una mota de polvo. Tan grande es Dios, que *todos los pueblos son como nada delante de El, (como) nulidad y vacuidad son por El reputados* (Is. 40, 17). Y el hombre que le ofende, ¿quién es? Responde San Bernardo que un saco de gusanos, alimento de los cuales habrá de ser en el sepulcro. Es un *desventurado y miserable, y pobre, y ciego, y des-*

nudo (Ap. 3, 17). Miserable que nada puede, ciego que nada sabe, desnudo que nada tiene. Y este gusano tiene el atrevimiento de despreciar a Dios y moverlo a indignación, o como dice San Bernardo: «El polvillo se atreve a irritar tan augusta Majestad». Razón tiene el angélico Santo Tomás para escribir que el pecado mortal tiene malicia en cierto modo infinita, a causa de la infinita majestad de Dios. Y San Agustín llama al pecado absolutamente *mal infinito*. De aquí que un infierno y miles de infiernos no basten para castigar un solo pecado mortal.

El pecado mortal contiene este desprecio.— Los teólogos suelen definir así el pecado mortal: «El acto por el que se aparta uno del Bien supremo»; o para emplear una expresión más enérgica y más familiar, el acto por el que se vuelve la espalda a Dios. El señor mismo nos lo representa así cuando dice quejoso al pecador: *Tú me abandonaste, dice Yahveh; me volviste la espalda*. Nunca, dice Dios, me hubiera yo separado de ti si tú, ingrato, no hubieras empezado por abandonarme, y por abandonarme de la manera más insultante.

Este desprecio cae realmente sobre Dios.— El pecador, al despreciar la ley de Dios, es a Dios mismo a quien desprecia, pues sabe que despreciando la ley pierde la divina gracia. *Por la transgresión de la ley afrentas a Dios* (Jn. 15, 6), dice San Pablo. Dios es el soberano Señor de todo cuanto existe, porque ha creado todas las cosas. *En tus manos está el universo entero... Tú hiciste el cielo y la tierra*. Por esto todas las criaturas, aun las privadas de razón, le rinden pleno y entero vasallaje. *¿Quién es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen? El fuego y el granizo, nieve y nieblas, el huracán que cumple su palabra* (Sal. 148,

8). Pero el hombre, en el momento de pecar, dice a Dios: Señor, vos me mandáis, pero yo rehusó obedecer; me mandáis que perdone aquella injuria, pero yo quiero vengarme; me mandáis que respete el bien ajeno, pero yo quiero retenerlo; queréis que me abstenga de placeres deshonestos, pero yo no quiero abstenerse. El Señor reprocha: *Quebraste tu yugo, rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»* (Jn. 2, 20). En una palabra, el pecador, cuando rompe con el precepto, dice a Dios «No os conozco como mi Señor, como precisamente respondió Faraón a Moisés cuando le intimaba de parte de Dios que dejase en libertad a su pueblo: *¿Y quién es Yahveh para que yo tenga que escuchar su voz, dejando marchar a Israel? No conozco a Yahveh ni dejaré partir a Israel* (Ex. 5, 2).

2.º *El desprecio se agrava por la preferencia indigna que se hace de la criatura sobre el Creador.*— El desprecio que se hace a Dios por el pecado aparece aún más horrible si se atiende a la bajeza de los bienes por los cuales se ofende a Dios. *¿Por qué a Dios desprecia el impío?* (Sal. 10, 13). Sí; ¿por qué tantos hombres cometen el pecado? Por un poco de humo, por un puntillo de honor, por un placer bestial. *Me profanáis entre mi pueblo por unos puñados de cebada y unos bocados de pan* (Ez. 13, 19). Se llega a despreciar a Dios por un puñado de cebada y por un menudrugo de pan. ¡Oh Dios!, y ¿cómo será posible que así nos dejemos engañar tan fácilmente por el demonio? Dice el profeta Oseas que es porque nos servimos de *una balanza fraudulenta*. Dios no puede engañarnos, y lo que pasa es que no pesamos las cosas en su balanza y preferimos pesarlas en la balanza de nuestro enemigo, que no tiene más mira que nuestro engaño y perdición eterna. *Señor, ¿quién como tú?*, preguntaba